

sia, que no es otro que continuar aquella misma misión de Jesucristo que derrama sobre nosotros sus bondades y ternuras para introducirnos después en las mansiones de la gloria. *Amén.*

## MILAGRO DE LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

*Cum subleuasset ergo oculos Jesus, et uidisset quia multitudo maxima uenit ad eum, dixit ad Philippum: unde enim panes ut manducent hi?*

Habiendo pues Jesús alzado los ojos, y visto que le seguía una gran multitud, dijo á Felipe: ¿de dónde compraremos pan, para que coman éstos?

(S. JUAN, c. 6, v. 5.)

He aquí, hermanos míos, el gran milagro de la providencia, siempre rica y siempre misericordiosa, de nuestro Dios, en favor de los que le siguen. He aquí la prueba inconcusa y altamente luminosa del paternal cuidado con que acude á proveer abundantemente de oportuno remedio á las necesidades de sus fieles hijos. He aquí en fin el argumento más concluyente en contra de los reprobados afanes con que los hombres buscan las cosas de la tierra y se olvidan de las del cielo. «No andéis solicitos diciendo qué comeremos, qué beberemos y con qué nos vestiremos,» nos dice el Evangelio; «los gentiles son los que buscan, se afanan y se inquietan por esas cosas: buscad vosotros primero el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura. Mirad las aves del cielo, que ni siembran, ni cogen, ni amontonan en graneros, y vuestro Padre celestial las apacienta...: considerad los lirios del campo como crecen, aunque no trabajan ni hilan; y sin embargo ni el mismo Salomón, en toda su gloria, se vestía con más gala y hermosura.»

Sentado nuestro gran Dios en el trono de su gloria, levanta sus

ojos, tiende su vista por todos los ángulos del universo, que la cria y depende exclusivamente de su eterna providencia y cuidado: *cum subleuasset*; todo lo ve, todo lo registra y sabe que á todo debe acudir, para que se conserve: *et uidisset quia multitudo maxima uenit ad eum*; y entonces echa mano de los inagotables fueros de su poder, de su sabiduría y de su misericordia, y da á cada cual lo que necesita y le conviene. Nadie queda disgustado; á ninguno falta; todos salen provistos de sus dones, si tienen fe en su providencia y reciben con dócil humildad lo que les reparte; ciertos, confiados y seguros de que aquello, y no otra cosa, es lo que pueden esperar, lo que deben recibir, lo que están obligados á aceptar con gratitud y reconocimiento.

Y ¿no es esto, señores, lo que vemos todos los días y á cada momento, y lo que se está repitiendo sin cesar á nuestros ojos desde el principio del mundo? Y sin embargo no nos sorprende, no llama nuestra atención, no excita nuestra fe, no estimula nuestra piedad. ¿Queremos un hecho singular, un milagro más patente, si cabe, un suceso portentoso, que en circunstancias particulares sea como una aplicación brillante de las reglas generales con que el Señor administra y gobierna al mundo? Pues hoy lo tenemos. Pero cuidado; que en él se nos da una lección importante, un documento precioso y perentorio, que nos servirá de terrible cargo en el día del juicio. Nuestro deseo y nimia curiosidad quedan completamente satisfechos; pero de su mismo cumplimiento resultará contra nosotros un argumento indeclinable, á que jamás podremos contestar.

Jesucristo nuestro amable salvador pasa al otro lado del mar de Galilea, seguido de una gran multitud de gentes, admirada de los muchos milagros que ya antes habia hecho con los enfermos: subió á un monte y se sentó con sus discípulos; y alzando sus ojos, vió las gentes que venían hacia él, y dijo al apóstol San Felipe: ¿de dónde compraremos pan para que éstos coman? Esto decía á Felipe, para probar su fe, atendida la gran multitud de los que le seguían, en cuyo favor hizo el asombroso milagro de multiplicar cinco panes y dos peces en tan prodigiosa abundancia, que sobraron para satisfacer el hambre de cerca de cinco mil hombres, sin contar las mujeres, ancianos y niños. ¿Es bastante este prodigio para conocer toda la grandeza de la providencia del Señor? ¿Tenemos aún en él alguna cosa importante que aprender? Sí, católicos; pero es indispensable examinar despacio lo que hace Jesús y las circunstancias en que lo hace, para deducir que los milagros de la Providencia son el premio de la fe y buenas obras. Esta es mi proposición, expresamente contenida



en el Evangelio. La dividiré en dos reflexiones para mayor claridad y mejor orden. En la primera os manifestaré lo que hace Jesucristo en esta ocasión, y, en la segunda, con quién lo hace y por qué lo hace.

Ayúdame antes á implorar los auxilios del Espíritu divino, poniendo por intercesora á la Santísima Virgen, saludándola como se acostumbra. *Ave María.*

He apuntado en substancia, hermanos míos, lo que hizo Jesucristo y las circunstancias en que lo hizo, al decir que multiplicó cinco panes y dos peces en el desierto, en tanta y tan prodigiosa abundancia, que bastó y sobró para hartar una multitud tal, que según los expositores llegaba á doce mil personas. Pero para comprender bien toda la magnificencia de este portentoso hecho de la Providencia, es preciso detenerse en cada una de las cláusulas del Evangelio; y ¡ojalá que á mi me fuese dado el hacerlo formando una extensa homilía, á la manera de las de los Padres de la Iglesia! Entonces vuestra fe se avivaría más, vuestra piedad y amor á Jesucristo se encendería, como es debido, y vuestra gratitud tributaria sin cesar al Señor los justos homenajes de reconocimiento, á que nos empeñan sus bondades. Pero hagamos lo que permite un discurso ligado á ciertos límites.

Preguntado que fué San Felipe y probado por Jesús acerca de su fe en la providencia y poder del Señor, respondió de esta manera: Señor, doscientos denarios de pan no serán bastantes, para que cada uno de éstos reciba una pequeña parte. Entonces el apóstol San Andrés dijo á Jesús: aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto, ¿qué es para tantos? Sin esperar otra respuesta les dijo Jesús que hiciesen sentar á los hombres..., tomó los panes, y dando gracias á Dios los distribuyó á los que estaban sentados, y lo mismo hizo con los peces. Luego que se hartaron, mandó recoger los fragmentos, para que no se desperdiciasen, y de ellos recogieron doce canastos. Sigue refiriendo el Evangelio la grande admiración que produjo en las turbas este milagro, que en su vista aclamaron á Jesús por verdadero profeta y Mesías, y trataron de hacerle rey; pero Jesús huyó de ellos y se escondió.

¿A quién no llama la atención este suceso? ¿y cómo era posible que las turbas no quedasen admiradas? Pero mejor diré, ¿por qué se admiraron ellas y nos admiramos nosotros, al ver este insólito prodigio de la Providencia? Los judíos habían visto ya que á la voz de Jesucristo un paralítico había saltado de su lecho, echándose á cuestras, y marchando ágil y sano; habían visto á la hija de la viuda sentarse, hablar y quedar viva y curada, cuando ya la lloraban muer-

ta en el fétetro; habían visto curado al ciego de nacimiento, prodigio tan inaudito y tan nuevo, que nadie lo había jamás oído referir en el mundo, según la expresión del mismo; habían visto, en fin, al hijo del príncipe Jairo, al eriado del centurión, á los diez leprosos, á la Cananea, al ciego de Jericó y otros muchos; y también habían tenido la sacrilega é infame osadía de negar estos milagros, ó interpretarlos en mal sentido, y por ellos calumniar y perseguir á su divino Autor. ¿Cómo es que ahora se asombran, se excita su gratitud y le quieren hacer rey? ¡Ah, señores! las circunstancias, la ocasión, las formas con que se hace y reviste el portento, abren los ojos al pueblo incrédulo, hieren su corazón corrompido y arrancan á la conciencia viciada un movimiento irresistible, una confesión casi indeliberada, que en otra ocasión, prevenida por la malicia, no realizara.

Y este es el motivo, cristianos, de la conducta que Jesucristo observaba con aquel pueblo perverso. Le pedían milagros, y les daba amenazas; le presentaban miserias, y apartaba la vista, si en alguno ó algunos no registraba disposiciones de sincera fe é intención sana; pero cuando su eterna sabiduría esperaba el aprovechamiento, porque comprendía bien la piedad y humilde confianza de las gentes que le rodeaban, entonces con mano benéfica y corazón generoso les prodigaba los beneficios y los milagros. Nadie le pidió la multiplicación de los panes; pero Jesús la hizo, porque en aquel lance conoció que eran acreedores, y que la apreciarían en su justo valor, como sucedió en efecto.

Lo mismo se está observando diariamente en el pueblo cristiano. «Pedís y no recibís,» dice Jesucristo, «y es porque pedís mal, porque pedís no lo que os conviene y conduce á vuestro verdadero bien, al bien de vuestras almas, sino á vuestras pasiones y concupiscencias.» Diré más: se hacen milagros á millares, todos los días, todas las horas, todos los momentos; á nuestra vista, en nuestra presencia, con nosotros mismos; los vemos, los tocamos, gozamos sus beneficios; pero los despreciamos, ó al menos los desconocemos, y no nos tomamos la pena siquiera de examinarlos filosóficamente, ya que no sea como cristianos. Son tantos y tan frecuentes, tan grandes y portentosos, que por lo mismo han llegado á envilecerse, dice San Agustín, y á pasar inadvertidos.

Y si no ¿qué es el universo todo, con todo su sistema, tan variado, tan hermoso, tan bello, tan encantador y admirable, sino un continuo milagro? ¿Qué somos nosotros mismos, existiendo ayer, y hoy, y mañana, á pesar de los débiles elementos, de los quebradizos resortes del germen destructor, de que se compone nuestra máquina,



sino el mayor de los milagros? Aquel *hágase*, con que Dios crió al mundo y sacó todos los seres del seno profundo de la nada, ¿no es el mismo acto eficaz, omnipotente, providencial, con que los reproduce y conserva? Así lo cree San Cipriano, y yo también, y todos los hombres reflexivos y cuerdos. Con todo, nada de esto nos asombra, porque se ve y se hace de continuo. Nos asombraría, si, la multiplicación de los panes; semilla fecundísima que fructificaba en las manos de Jesucristo, *con tan prodigiosa abundancia*, dice San Juan Crisóstomo, *que parecía que los panes produxerán panes para saciar á la multitud hambrienta*. Nos asombraría, porque se hizo por la libre, graciosa y espontánea voluntad del Hijo de Dios; nos asombraría, porque se hizo en favor de las turbas que no la pedían, pero la necesitaban, y olvidados de todo, seguían á Jesucristo. ¿Con que por quién hizo Jesús este milagro? me preguntaréis. Ya está dicho: por los que le seguían. Reflexionad sobre este punto.

Levantó Jesús sus ojos, y vió, dice el Evangelio. ¿Y á quién vió á la gran multitud que le seguía. Entonces hizo el milagro de multiplicar los panes y los peces. ¿Y para quién? vuelvo á preguntar. Para aquellos mismos, no para otros, no para los tímidos y perezosos que se quedaron en la ciudad; no para los que implicados en los negocios del mundo, desoían la predicación del Salvador, sino para los que le seguían al desierto, hasta olvidarse de su propia conservación y preciso alimento, dice San Ambrosio.

Es preciso considerarlo bien, cristianos. Jesucristo lo ha dicho y no puede faltar: es imposible servir á dos señores. El que quiera partir su corazón entre Dios y el mundo, desde luego desagrada á Dios, porque Dios rechaza esos servicios á medias; esos corazones partidos los quiere por entero, porque por entero los ha criado, por entero son suyos. Acaso nos quejamos nosotros de que teniendo mejores derechos, títulos más legítimos para obtener favores y milagros que el pueblo judío, sin embargo no se nos dispensan, al menos tan portentosos y extraordinarios como á ellos. Esta queja es injusta; en ella hay dos equivocaciones, dos errores, á cual más perjudicial para nosotros. En primer lugar, si bien lo miramos, si se reflexiona con fe, á nosotros nos está el Señor obsequiando todos los días con otros favores, con otros portentos, de un valor y mérito infinitamente superior al de la multiplicación de los panes. En el mismo capítulo del Evangelio, en que se habla del uno, tenemos los otros. El pan de la vida eterna, el pan celestial, el cuerpo adorable de Jesucristo, la hostia de la salud ¿no se multiplica todos los días en nuestros altares, para que sea el alimento vital de los que buscan á Jesús en el desier-

to de este mundo? Además, ¿tenemos más méritos, mejores títulos que los judíos? Pues entonces, por eso mismo se nos exige más; porque *al que mucho se le da, mucho se le pedirá*. Y bien; ¿hacemos nosotros lo que las turbas del desierto para buscar los milagros de Jesucristo? Responda cada cual por su parte; diga si abandona el mundo por Dios, si se le entrega todo entero y sin reserva, y entonces podrá valer algo su argumento. Pero yo estoy bien seguro que si ponemos la mano sobre nuestro pecho, nos veremos todos obligados á confesar que no hacemos ni lo que las turbas hicieron, ni lo que nos toca y á lo que estamos comprometidos por esas mismas razones de superiores títulos y de abundantes beneficios.

Y si no, ya que no abandonamos al mundo y sus cuidados, ¿es nuestra fe tan grande, es nuestra confianza en Dios tan ciega y absoluta, es nuestro amor por su doctrina inmaculada tan eficaz y ardiente, que sin cesar jamás nos abandonemos á su cuidado paternal, esperándolo todo de su eterna bondad, de su cariñosa providencia? ¡Ah! Jesús elevó sus ojos en el monte, y vió que le seguía una multitud inmensa, dirigida sólo por la devoción y piedad para oír sus doctrinas de vida y de salud; vió que olvidados del mundo, huyendo de él, dejando su tumulto, sólo pensaban en una cosa, y era en oír su divina palabra. Por esta fe, por este amor, por esta confianza, el Señor cuidó de proveerles de lo que les faltaba y les era necesario: por esto hizo el milagro de la multiplicación de los panes. Las turbas desconfiaron del mundo y confiaron en Dios: lección importante y luminosa para el pueblo cristiano; lección que, imitada con fidelidad, nos dará de seguro los mismos resultados. Quientos denarios de pan, que serían como unos mil reales de nuestra moneda, no bastarían en la opinión del apóstol Felipe, para que cada individuo de los que seguían á Jesús tomara un bocado; si él hubiese bien comprendido lo que se iba á verificar, hubiera dicho que para tanto no bastaba todo el oro del mundo. Ni basta tampoco, ni bastará nunca para los diarios portentos que Dios hace con nosotros en el orden espiritual y en el temporal; antes estorba é impide que los logremos, porque en el oro y demás arbitrios y medios terrenos está cabalmente el enemigo de que es preciso huir.

En fin, cristianos, Jesucristo obró en el desierto el gran prodigio de su providencia en los días inmediatos á la festividad de la Pascua; circunstancia también digna de meditarse seriamente. También en la Pascua principalmente, hermanos míos, llama la Iglesia á sus hijos á fin de participar de los inauditos portentos del misterio asombroso y mayor, que forma como la esencia, como el carácter distin-



tivo de la religión católica; portento, misterio y favor que en ningún otro culto de cuantos el demonio y los hombres malos han inventado, se encuentra ni puede imitar. La participación de la divina mesa, en la cual se da a los fieles por alimento el adorable cuerpo de Jesús sacramentado, es el gran símbolo que distingue la Iglesia católica, y la fe de este misterio es la de la única religión verdadera. Hasta lo infinito se multiplica el pan de vida eterna por medio de la omnipotente virtud de las palabras de Jesucristo, repetidas por sus ministros. La Iglesia nos convida, nos estimula, nos manda venir al banquete; y las disposiciones que exige son las mismas que vió el Salvador en la multitud, cuando en su favor multiplicó los panes: abstracción del mundo y sus cuidados, fe ciega en la doctrina del Señor, y amor puro y ardiente a Jesucristo.

Para preparar Jesús á las turbas al conocimiento y participación de este augusto misterio, les multiplicó el pan material y terreno, y después les dijo: comed, no el manjar que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna. Para esto es preciso que creáis en la obra de Dios, hecha por su Hijo, á quien ha enviado con este fin.

Ea, cristianos, esta obra grande y portentosa es para nosotros. Avivad vuestra fe, y veréis y participaréis del milagro del amor de Jesús, no ya como las turbas, comiendo del milagroso pan multiplicado en el desierto, sino del pan celestial y divino del cuerpo adorable y sacramentado del mismo Jesús. Avivad vuestra fe, repito, pero con las buenas obras, con el retiro del mundo, con un fervoroso y encendido amor á este Señor, cuya inmensa bondad, cuya sabiduría infinita y cuya providencia omnipotente y cariñosa ha querido obrar para el pueblo cristiano un prodigio, infinitamente mayor que el del desierto. Convenzámonos, en fin, de que los milagros del Señor en favor del mundo son frecuentes, continos y portentosos, y que siempre reclaman nuestra gratitud, y exigen amor y respeto, lejos de envilecerse con su frecuencia. Sobre todo y sobre todos el grande, el incomparable, el divino milagro del augusto Sacramento, significado por el del desierto. Vivamos como buenos hijos de Dios, humildes, fervorosos y agradecidos á tantos favores; sea nuestra conducta tan virtuosa y tan pura, que siempre podamos dignamente disfrutar de este beneficio y comer con frecuencia del pan milagroso, para que, fortificados en el alma con su alimento, marchemos firmes y sin nunca desmayar hasta el monte santo de Dios, que es la gloria. *Amén.*

## MILAGRO DE LA CURACIÓN DEL MUDO

POSEÍDO POR EL DEMONIO

*Cum immondius spiritus exierit de homine, ambulat per loca iniquosa, quaerens requiem; et non inveniens. dicit: Levartar in domum meam, unde exiit.*

En habiendo salido el espíritu impuro de un hombre, anda por lugares estériles, buscando reposo; y no le halla. Entonces dice: Yo me volveré á mi casa, de donde he salido.

(S. LUCAS, c. 11, v. 24, 25 y 26.)

Si el hecho portentoso, hermanos míos, de recobrar el uso de la palabra aquel mudo de cuyo cuerpo arrojó Cristo el demonio, excitó la admiración de las turbas; las sublimes enseñanzas de Jesucristo, en ocasión de este milagro, arrebataron de entusiasmo á los judíos que le escuchaban, de tal manera, que levantándose una mujer, proclamó á la madre de Jesús, feliz y dichosa.

Bajo la imagen de este espíritu inmundo que, después de recorrer lugares áridos, no pudiendo encontrar el reposo que busca, vuelve á entrar en el hombre del cual había salido, acompañado de otros siete espíritus más perversos que él; nos representa el Evangelio la situación de un cristiano libertado por la gracia santificante de la tiranía de Satanás. Forzado este espíritu infernal á ceder su puesto al Espíritu Santo, sale de su morada, es cierto; pero conserva siempre la voluntad de volver á ella. Conoce los lugares más endebles de este corazón, las pasiones más fáciles de conmovir, los medios más á propósito para sorprenderle. Lejos de atacar bruscamente al hombre justificado, estudia con esmero todos sus pasos; examina si vela con menos atención; espía los momentos en que descansa con más seguridad, confiado en las ventajas de su posición; é inquiera si oraciones fervorosas y asiduas comunicaciones con Dios, sostienen y aseguran el beneficio y la gracia que de él ha obtenido; si se complace en su propia justicia y en el esplendor de sus virtudes; en una palabra, si se



gloria en sí mismo, y no en el Señor. Entonces, á la menor señal de negligencia y de infidelidad, el espíritu tentador vuelve, acompañado de otros siete espíritus más malignos que él, á entrar en el alma de este hombre, cuyo último estado viene á ser peor que el primero: *Et fuit novissima hominis illius peiora prioribus.*

Tal es el enemigo contra el cual tenemos que luchar constantemente: enemigo de una fuerza sin igual sobre la tierra; astuto é incomparable en su malicia; infatigable en sus ataques, é implacable en sus furoros. ¿Y qué, católicos! miraremos con indolencia á nuestra alma, esta alhaja tan preciosa y de tanto valor á los ojos del Señor, redimida con su sangre preciosísima, y á cuya ruina está tan atento un enemigo el más formidable? ¿No bastará esta sola consideración para hacernos despertar del profundo letargo en que tanto tiempo ha estamos sepultados, y vivir alerta en continua vigilancia para evitar los peligros que por todas partes nos rodean?

No hay, pues, otro medio de evitar los escollos que nos amenazan, que la vigilancia cristiana. Así digo que sólo la vigilancia cristiana puede darnos seguridad contra los enemigos de nuestra salvación eterna. Tal es el asunto de este discurso y el objeto de vuestra atención. Implémos, etc. *Ave Maria.*

Jesucristo parece limitar toda la perfección del cristianismo á este solo precepto: velad, *vigilate*. Nos le repite en todas las ocasiones; y el Evangelio no es más que una larga y urgente exhortación, que nos advierte que seamos circunspectos y nos mantengamos alerta sin cesar. ¿Y á qué fin tan reiteradas instancias? ¡Ah! porque Dios conoce que nuestra seguridad depende de la vigilancia: vigilancia que, si en todos los siglos ha sido un deber, porque en todos los tiempos están expuestos los hombres á la tentación, jamás fué tan necesaria como en el nuestro, en que se han aumentado los peligros. En efecto, ¿cuándo ha corrido tantos riesgos la inocencia? Á las persecuciones sangrientas ha sucedido otra, más peligrosa, porque lo parece menos. La paz se ha concedido á la Iglesia, pero no á los fieles. Satanás no ha cesado de combatir; no ha hecho más que mudar de armas. En los siglos de fervor, dice el grande Agustino, como león terrible, agitaba el aire con sus bramidos. En este siglo de mollicie, como tímida serpiente, se arrastra bajo las flores. Ya no nos amenaza, sino que nos lisonjea; no nos presenta ya espadas sino placeres. Entonces, continúa el mismo Padre, habia recurrido á la violencia; se esforzaba por intimidar á los defensores intrépidos de la fe de Jesucristo con el aparato de los tormentos; y contra su esperanza,

poblaba la tierra de cristianos y el cielo de mártires. Para extirpar la religión naciente, demolia los templos consagrados al Señor, y dispersaba á los fieles; pero la caridad, más ingeniosa que la tiranía, abriales medios de comunicación en las entrañas de la tierra. Se reunían en profundas cavernas: allí, invisibles á sus perseguidores, erigian altares para celebrar los divinos misterios. Cualquier lugar era un templo para corazones tan puros; y la religión, aunque destituida de la pompa augusta de las ceremonias, era tanto más majestuosa cuanto era más interior, y tanto más fecunda cuanto era más combatida.

En nuestros días el espíritu maligno se vale de la seducción: la fuerza, lejos de producirle un efecto favorable, habia frustrado sus designios. No manda el crimen; lo adorna, lo hermosea, lo insinúa, lo persuade, lo enseña de una manera eficaz; fascina la razón, habla á los sentidos. No perturba los ejercicios de la religión; se contenta con erigir altar contra altar. Dios tiene su culto, y él tiene el suyo. A los ministros evangélicos, cuyos labios son los depositarios de la doctrina y la ciencia de la eterna salud, opone esos doctores intrépidos de la irreligión que se sientan en la apostada cátedra de la mentira. A las santas ceremonias de la Iglesia, opone esos espectáculos en que se reproducen los dioses del paganismo; en que nada se omite para avivar las pasiones; en que todo es ilusiones para el entendimiento, todo es veneno para el corazón. A las imágenes sagradas, que nos traen á la memoria las sublimes virtudes de los héroes del cristianismo y nos excitan á su imitación, opone esas pinturas indecentes, esos cuadros obscenos, obras maestras de corrupción, ahora buscada con más ansia que nunca; admirados, expuestos á los ojos de todos; y que para soplar el crimen en todos los corazones y perpetuarle en todas las edades, ocupan en nuestras casas el lugar en que estaban colocados en tiempo de nuestros padres, el símbolo sacrosanto de la Cruz y las venerables efigies de los Santos. A los cánticos graves y patéticos de la Iglesia, que elevan el alma y la fijan en la contemplación de las grandezas divinas, opone esos versos cínicos, esas canciones lúbricas, engendradas por el demonio de la licencia, en que las gracias de la poesia convertidas en blasfemias, profanando sus acentos armoniosos ultrajan al Dios de la Majestad, cuyas alabanzas debieran entonar. A los libros edificantes que no respiran más que piedad y el buen olor de Jesucristo, opone esos escritos infames, oprobio de nuestro siglo, proscritos por todas las leyes, siempre anatematizados y siempre subsistentes, y que pasando con rapidez de mano en mano, tienden á formar, según la corrupción de un hombre, las costumbres de un pueblo entero.



¿Y qué ha resultado de esta mezcla sacrilega? Un trastorno general. Lo que no había podido hacer la crueldad de los tiranos, lo ha consumado la seducción y la impiedad. El misterio de la iniquidad casi absorbe el misterio de la justicia. La religión se muestra todavía en nuestros altares; pero apenas se deja percibir en nuestras costumbres: jamás se han visto tantos cristianos con menos cristianismo. ¡Ah, católicos! los ministros evangélicos no hemos cesado de anunciaros estas desgracias y de indicaros su origen fatal. Como centinelas vigilantes, colocados en lo alto de la montaña, hemos esforzado nuestra voz para advertiros el riesgo, á la aparición del enemigo. En el momento en que una filosofía maldita, después de haber preparado por largo tiempo su veneno, os ofrecía con semblante risueño la copa de la impiedad, y la tomabais ansiosos en vuestras manos; ¡temerarios, os hemos dicho, deteneos! ¿qué vais á hacer? Lejos de vuestros labios esa copa emponzoñada. Si legáis á gustarla, bebéis la muerte. Todo será perdido; religión, costumbres, Estado. Tal vez calificabais entonces estos funestos presagios como exageraciones de un celo sin discreción. Nosotros mismos no contábamos con que tan presto llegasen á cumplirse. Al paso que se ha propagado la irreligión, la iniquidad, más atrevida, ha apresurado su carrera; se ha anticipado á nuestros vaticinios; y de hoy más no tendrá otros límites que su impotencia. ¿Qué nos resta pues que predeciros al hajar de la montaña? Lo digo penetrado de dolor: las venganzas del cielo. ¡Plegue á Dios que podamos apartarlas de nosotros con nuestros votos y nuestras oraciones!

¡Ah! exclamaba San Agustín; á lo menos durante los días borrascosos de la Iglesia, mil señales precursoras advertían el peligro: los bárbaros edictos de los emperadores anunciaban la proscripción; sus efectos eran limitados; los golpes partían de una mano notoriamente enemiga. La paciencia era la única virtud necesaria á los mártires, y concluía con la prueba. Hoy, que nos dormimos confiados en una calma aparente; que nada nos atemoriza, y todo nos pierde; hoy que las sutilezas del siglo han despojado los vicios de su grosería natural y les han prestado cierta cultura y delicadeza; hoy que tenemos más que temer las complacencias de los hombres que sus contradicciones; hoy que los peligros son infinitos y las tentaciones continuas; hoy que la persecución es lenta y sorda; hoy que los tiranos se albergan en nuestra alma, ¿qué vigilancia no nos es precisa?

No nos engañemos, católicos: no solamente tenemos que luchar con enemigos envidiosos de nuestra dicha; el universo entero está armado contra nosotros. No exagero. Enemigos visibles, enemigos in-

visibles; potestades del mundo, potestades de tinieblas; amigos, parientes; los que nos lisonjean, los que nos censuran; los que nos sirven, los que nos persiguen; todas las criaturas, todos los hombres, están ligados para nuestra ruina; todos tienden á un mismo fin, aunque por caminos opuestos. No se trata solamente de evitar algunas emboscadas; marchamos en medio de lazos, dice el Espíritu Santo; lazos continuos é innumerables. La prosperidad que nos ciega; la mollicie que nos adormece; el lujo que nos deslumbra; los placeres que nos corrompen; las conversaciones agraiadas por el escarnio, animadas por el libertinaje, inflamadas por las pasiones, sazonadas por la murmuración y la calumnia; los banquetes en que, no tanto se procura satisfacer las necesidades de la naturaleza, cuanto lisonjear la delicadeza del gusto y suministrar nuevas armas á la concupiscencia; los objetos encantadores que incitan al crimen; los ejemplos escandalosos que se autorizan; las máximas funestas que le prestan el homenaje debido á la virtud; los consejos perniciosos que le facilitan: lazos en lo que vemos; lazos en lo que vimos; lazos en el aire que respiramos; lazos en la misma virtud; lazos por do quiera, y hasta al pie de los altares.

Y no basta preservarnos de estos lazos por algún tiempo; es preciso perseverar hasta el fin, marchar siempre adelante, sin mirar atrás en ninguna ocasión: es preciso resistir intrépidos al torrente que nos arastraría; precavernos constantemente del contagio que nos rodea; no dejarnos sorprender por los artificios del espíritu tentador que nos cerca. Aprendamos que la vida del cristiano es una guerra continua; que no le es permitido dejar las armas y descansar; que una sola derrota destruye el mérito de todas sus anteriores victorias; que nada ha hecho si no conserva hasta el último trance el depósito inestimable de la gracia santificante; y por fin, que la corona no se consigue en el camino, sino en el término de la carrera.

Entre tantos motivos de temor, ¿de dónde puede nacer nuestra seguridad, católicos? ¡Que! todo se agita violentamente al rededor de nosotros, ¡y todavía nos mantendremos tranquilos! Todo vela para perdernos, ¡y nosotros nos entregaremos al sueño! Salgamos de este profundo letargo: observemos á los fuertes de Israel, á los justos por excelencia; ellos han huido con precipitación de la tierra maldita que devora sus habitantes: han buscado los desiertos más espantosos, las soledades más ignoradas; y aun así, creían ser corta la distancia que habían puesto entre sí y los peligros que les amenazaban. Escuchemos á San Bernardo, que del fondo de su retiro exclama: «Si á pesar de la separación del mundo y de las tentaciones exteriores, hallo tan-



ta dificultad en sostenerme en la senda resbaladiza de la virtud; si no puedo defenderme de mi mismo á favor de esfuerzos continuos y penosos, ¿cómo se salvarán los hombres ciegos que fluctúan en el mar tempestuoso del siglo, siempre combatiendo con los enemigos de su salvación, expuestos á tantos peligros, rodeados de tantos escollos, arrastrados por sus propias pasiones y por las de otros?» En efecto, si un San Bernardo en su soledad, consumido su cuerpo por los trabajos y extenuado por las vigiliás y los ayunos; si San Bernardo, con un entendimiento siempre puro, con un corazón siempre casto, tiene no obstante que combatir sin tregua para salvar su inocencia; ¿qué podremos esperar nosotros, constituidos en el centro mismo de la seducción, y cercados de objetos los más encantadores y capaces de causar en nuestra alma las impresiones más funestas? Si la casa edificada sobre la roca bambolea á los impulsos violentos de la tempestad, ¿cómo podrá resistir el edificio cuyos cimientos están casi arruinados? ¿cómo podrán mantenerse firmes los corazones medio corrompidos, y las almas acostumbradas á complacer sus pasiones? ¿cómo se hallará segura la inocencia en esos concursos, donde el alma recibe por todos los sentidos el dulce veneno que la enerva, y donde la alegría y las diversiones quitan al recato toda su vigilancia y severidad? Velemos, pues, ó renunciemos á nuestra salvación. No hay medio entre estos dos partidos.

Entremos en los sentimientos del Profeta cuando decia: mi alma está sin cesar entre mis manos: *Anima mea in manibus meis semper*: ella es el único objeto que merece toda mi atención en el universo; todo lo demás nada me importa; es el único bien que me pertenece y que me es propio verdaderamente: si por desgracia la perdiera, todo estaria perdido para mí. *Anima mea in manibus meis semper*. La llevo entre mis manos, porque es un tesoro frágil y yo soy demasiado débil. ¿Podré usar en este asunto de excesiva circunspección? El menor choque bastaría para quebrarle: un solo tropiezo me haría caer en el abismo. La llevo entre mis manos, para no olvidarla en medio de tantos motivos de distracción; para fortalecerme contra los diversos asaltos que me veo obligado á sostener. Animado con su vista, desafío sin recelo á todas las criaturas; y digo: «placereis seductores, honores frívolos, riquezas perecederas; ¿importáis tanto como mi alma? La llevo entre mis manos, para considerar más de cerca las maravillas que Dios obra en ella: para examinar más atentamente si la culpa no la ha degradado; si algunas manchas secretas no han alterado su pureza; si se muestra conforme á su divino modelo. La llevo entre mis manos, y la llevo con respeto; es el precio de la sangre del Hom-

bre-Dios. La llevo con religión: es el Arca viviente del Señor. La llevo con valor; mil enemigos me rodean para robármela. La llevo con temor; mi eternidad feliz ó desgraciada depende de ella. La llevo con fidelidad; es un talento que el padre de familia me ha confiado y del cual soy responsable. La llevo siempre, porque me la pueden arrebatár á cada instante; y no dejaré de llevarla sino cuando la haya puesto en manos del mismo Dios. Entoncez, á cubierto de mi propia flaqueza y de la malicia de mis enemigos, reposaré tranquilo en su seno: y gozaré así de aquella paz deliciosa de la cual no tenemos en la tierra más que la sombra y las primicias, y cuyo pleno goce está reservado á los siervos vigilantes, en la eternidad. *Amén*.

## JESÚS EN EL TEMPLO

CONFUNDE LA PERVERSIDAD DE LOS FARISEOS

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi.*  
Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

(S. JUAN, c. 8, v. 46.)

La sabiduría y la moderación de Jesucristo se exaltan y se engrandecen, hermanos míos, á proporción que se manifiesta la envidia de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos. Estos hombres se habían propuesto seguirle por todás partes, estudiar sus pasos, pesar sus palabras y aprovecharse, cuanto les fuera posible, de todas las circunstancias de su vida para sorprenderle y condenarle. Jesucristo, á vista de tanta malignidad, parece que debía huirlos, ó á lo menos callar delante de ellos; pero como, entre todos los que le seguian, eran éstos los más enfermos, se constituye en la obligación de trabajar con más ardor para curarlos, y así los trata y les habla con más frecuencia. Pero ¡ay, hermanos míos! su perversidad y



orgullo les ciegan é impide reconocer en Jesús al verdadero Mesías. Escuchemos á Jesucristo en el templo, reprendiendo á los príncipes de los sacerdotes y fariseos por su obstinación, y escuchemos las terribles amenazas que les dirige. Ante las objeciones que aquellos perversos judíos dirigen á Cristo y los insultos que su malicia les sugiere, temamos, pero de las respuestas de Jesucristo aprendamos grandes enseñanzas. *Ave María.*

*¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* Estas palabras de Jesucristo no son de un amigo que pide á otro que le declare sus defectos, ni de un desconocido que se aprovecha de la obscuridad en que ha vivido, para adquirirse una reputación de justicia, que perdería inmediatamente que se le conociese de cerca; un Dios hecho hombre, que desde que se manifestó al mundo ha hecho públicas todas sus acciones sin la menor reserva; un hombre de una vida irreprochable es quien escoge por sus censores á sus mayores enemigos, y les provoca á que le arguyan de pecado. ¿Quién había de pensar que estos hombres dentro de pocos días se sentasen en sus tribunales para juzgar al que no pueden hoy reprender; para acusarle con impudencia de delitos atroces y dignos de muerte, sin poder alegar la más ligera prueba; y para exclamar con el fin de intimidar al más cobarde y débil de los jueces, crucifícale, crucifícale? Esta inconsecuencia de conducta y de palabras nos parece ciertamente muy extraña, si paramos la consideración en el tiempo y circunstancias en que la manifiestan; pero nosotros ¿no somos sus imitadores, cuando ejercitamos contra el prójimo la malignidad de nuestras reflexiones y de nuestros juicios? Antes de condenar á nuestros hermanos y de imputarles tan enormes faltas, ¿no sería muy conveniente traer á la memoria las palabras de Jesucristo? Para acriminar al prójimo por sus defectos, se requiere, hermanos míos, el derecho y la posibilidad de convencerle; pero regularmente carecemos de uno y de otro, porque Dios no nos ha dispensado, ni la autoridad necesaria para juzgar, ni las luces suficientes para hacerlo con justicia; y por tanto, si el prójimo no puede desafiarnos á convencerle absolutamente de todo pecado, nos puede muchas veces proveer á probarle lo que le imputamos por envidia y malignidad. Jesucristo pudo obrar de esta manera, porque siempre había anunciado la verdad en su conducta y sus palabras. *Si os digo la verdad*, decía á los fariseos, *¿por qué no me creéis?* Esta objeción no tenía respuesta; pero Jesucristo previene la que pudieran darle, diciéndoles: *El que es de Dios, oye las palabras de Dios; por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios.* Este dicho

de Jesucristo recaía propiamente sobre los fariseos que se obstinaban en no reconocer la verdad; pero vosotros, hermanos míos, ¿estáis libres de ser comprendidos en esta reprensión? ¿La palabra de Dios hace sobre vosotros impresiones saludables? ¿La oís con los oídos del corazón, esto es, con la humildad, la docilidad y el respeto que convienen á los hijos de Dios? ¿La oís, cuando os habla de un modo opuesto á vuestras inclinaciones y deseos, y cuando os prescribe ciertos sacrificios, por los cuales sentís la más viva repugnancia? Sabed que el que es de Dios, oye las palabras de Dios. Si, las oye, es decir, las gusta, se alimenta de ellas, se somete á ellas, y sobre todo las reduce á práctica; de manera que puede decirse á los cristianos que con más frecuencia asisten á nuestras instrucciones, cuando contradicen con sus costumbres las verdades que les anunciamos: vosotros no las oís, porque no sois de Dios. ¿Qué diferente efecto es el de esta palabra con relación á los que son de Dios, y á los que viven separados de él! Un profeta la llama *ley pura y sin mancha*; su efecto es el de convertir los corazones que la escuchan con respeto, y comunicar la sabiduría á los pequeños. De esta manera obra en las almas fieles; pero no así con los pecadores. Las verdades les ofenden, cuando combaten más sus vicios, y fatigados de su fuerza, se valen de las inyectivas y de las blasfemias para desacreditarlas. Jesucristo hace ver á los judíos que sólo pertenecen á Dios, mientras escuchan su verdad y su palabra; pero ellos, en vez de sujetarse con docilidad, le responden: *¿No decimos bien nosotros, que eres samaritano y que tienes demonio?* De estos hombres habla sin duda el Profeta en uno de sus Salmos, cuando dice: «Por qué te ensalzas en la malicia, tú que eres poderoso en la iniquidad?» Cuando el pecador, hermanos míos, conoce su injusticia, y la conciencia le reprende sus desórdenes, tiene aún grandes recursos para la salvación; pero cuando ya no siente remordimiento alguno y se complace en su iniquidad, está muy cerca de su reprobación eterna. Pero ¿qué respuesta va Jesucristo á dar á los fariseos? Ella es en un todo conforme á su carácter de humildad, y no se dirige sino á disculparse de imputación tan odiosa: *Yo no tengo demonio*, responde; *mas honro á mi Padre.* Como si dijese: El demonio es el enemigo de Dios, y, envidioso de su gloria, trabaja sin cesar en destruir su culto; pero mi profesión es la de honrar á mi Padre. Aquí tenéis, hermanos míos, el compendio de vuestras obligaciones. Honrar á Dios, es contribuir á su gloria por todos los medios posibles; honrarle en las palabras, es bendecir su santo nombre, publicar sus maravillas, propagar su conocimiento y su culto, y oponerse con celo á todos los que quieran combatir la re-



ligión ó la verdad; honrarle en las obras, es cumplir su ley, proporcionando al prójimo todos los medios que pueden conducirlo á Dios, separándole del mal y encaminándole á la virtud; honrar á Dios en los bienes de fortuna es, según la expresión del Profeta, emplear cuidadosamente los que nos ha confiado, y llenar los designios de la Providencia, que los depositó en nuestras manos; honrarle sobre todo en el pobre, que representa á Jesucristo, consiste en no ser duros á su miseria, ni cerrar los ojos á sus necesidades. Estas son las condiciones, hermanos míos, con las cuales podéis decir: *Honro á mi Padre*. Pero Jesucristo dice también á los judíos: *Vosotros me habéis deshonrado*. El mayor ultraje que se puede, hermanos míos, hacer á Dios Padre, es desconocer á Jesucristo su Hijo. Siendo como es santo, omnipotente é infinitamente glorioso por naturaleza, no necesita de nuestros homenajes; todos los pecados de los hombres, no podrían de modo alguno turbar la gloria y la felicidad que disfruta por esencia; pero, celoso de nuestra salvación, ha escogido los medios más propios para reconciliarnos, y ha llevado su amor hasta el punto de darnos á su único Hijo. ¿No deberá, pues, arrojar de su presencia en los días de su furor al que haya mirado este medio con indiferencia y frialdad? ¿No deberá ofenderse de las injurias que se dirigen contra aquel mismo, que ha escogido por nuestro mediador? Velad, hermanos míos, para que Jesucristo no os reprenda de esta suerte; honradle, no con los labios, sino con el corazón; hónrele nuestro espíritu con un estudio continuo de sus misterios y sus bondades; hónrele nuestro corazón con su amor y reconocimiento; honrémosle en nuestras obras con una imitación sincera de su conducta. Todo lo que no es conforme á las reglas de su Evangelio y á los ejemplos que nos ha dado, es una ofensa que hacemos á Jesucristo, que subirá hasta el trono mismo del Padre que le ha enviado.

Jesucristo se queja de que los judíos le deshonren; pero temiendo que estos hombres, naturalmente orgullosos, confundiesen esta reprehensión con un acto de vanagloria y de orgullo, les dice: *Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzgue*. Ved, mis hermanos, una verdad que muchas veces no hemos querido oír; pero debemos saber que cuanto más despreciemos nuestra propia gloria, tanto más ciertos estamos de hallar una gloria permanente y sólida. Regularmente nos persuadimos que la humildad nos degrada, que un desprecio nos envilece, y que debemos hacer públicas nuestras acciones, para que nos merezcan alguna satisfacción; pero Jesucristo, conocedor más que nosotros de lo que es la verdadera gloria y la sólida grandeza, no habla de sí mismo sino con mucha humildad, y fia en aquel que co-

noce el fondo de los corazones, el cuidado de manifestar las virtudes que no tienen precio, sino en tanto que merecen ser juzgadas. Por esto añade: *El que guardare mi palabra, nunca verá la muerte*. Como si dijese: Las obras del hombre soberbio desaparecen con él; una acción que se hace con la mira de los aplausos y satisfacciones públicas, recibe su recompensa en este mundo, y apenas se alaba, cuando se olvida; pero aquel que sólo obra por Dios, no quiere otro testigo que á Dios mismo. El hombre que, observando mi palabra, sabe que, lejos de deshonrarse, cumple con la mayor y más noble de todas las funciones, que es la de servir y honrar á su Dios, es digno de subsistir tanto como Dios, que es el principio, el objeto y el fin de sus acciones. Así hablaba, hermanos míos, un hombre á quien perseguía el espíritu de las tinieblas. A las invectivas de los judíos opone solamente simples razones; sus discursos son humildes, pero sin embargo los judíos le replican de nuevo, y le dicen: *Ahora conocemos que tienes demonio*. Jesucristo acaba de hablar de la observancia de su palabra y de la inmortalidad que debe ser su recompensa; los judíos le oponen el ejemplo de Abraham y de los mayores profetas, á quienes no puede tacharse, dicen, de haber desconocido la voluntad de Dios, y sin embargo murieron. La consecuencia que necesariamente se sigue de estas reflexiones, es que aquel que se atribuye el derecho de comunicar la vida por su palabra, es más grande que Abraham; pero los judíos, aunque conocían todo su valor, se sirven de ella contra Jesucristo. Ellos ciertamente debían inferir que el que les hablaba era superior á todos los que le habían anunciado; pero, sin embargo, era más conforme á sus intereses el inferir, que el que se atribuía este derecho, era un impostor que insultaba á los hijos haciéndose superior á su padre. ¿Eres tú mayor, le dicen, que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¿Qué diferencia tan notable, hermanos míos, entre Jesucristo y todos los personajes del antiguo Testamento! Jesucristo es el término de todas las promesas hechas á Abraham, el padre de los creyentes. La bendición que debía multiplicar su posteridad más que las estrellas del firmamento y las arenas del mar, hubiera sido enteramente estéril, si se limitase á que naciesen de sus descendientes hombres tan ciegos como estaba entonces el pueblo judío. Los elogios con que Dios mismo ensalzaba la fe de su siervo y su obediencia, hubieran sido de ningún mérito si Jesucristo no fuese el único término de sus deseos y de sus votos; pero Abraham levanta sin duda su valerosa mano sobre el más tierno y el más precioso de los hijos; y desde este momento sacrifica todo respeto humano y toda consideración temporal, porque sabe que



todo lo que Dios exige es necesario, que todo lo que manda es justo, que todo lo que promete es cierto. Guiado por los principios de una fe viva é ilustrada, sabe que si debe perecer el que parece el heredero de las promesas, no puede dejar de manifestarse un día aquel en quien todas las naciones deben ser benditas en la plenitud de los tiempos. En efecto, le ve, le saluda y le adora desde lejos; y si guarda silencio sobre tan gran misterio, á lo menos lo publica con su obediencia y sus obras.

*¿Quién te haces á ti mismo? dicen los judíos á Jesucristo; pero este Señor, sin variar de lenguaje, les responde: si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica; el que vosotros decís que es vuestro Dios, y no le conocéis.*

Notad, hermanos míos, que nada es más equivoco en el lenguaje de la religión que los nombres de padre, de maestro y de jefe, que damos á Dios ó á Jesucristo, cuando no se conforman las obras con ellos. El cristiano mengs fervoroso no se avergüenza de dirigir á Dios de tiempo en tiempo estas palabras: *Padre nuestro*; pero si se atienden y siguen todas sus acciones, pudiera replicársele: dices que es tu Dios, y no le conoces: esto proviene de que haces de Dios una divinidad ciega, que no toma interés ni parte alguna en nuestras acciones; una divinidad insensible, á la que se puede ofender impunemente; una divinidad injusta, que pone los bienes de este mundo entre manos indignas de poseerlos; una divinidad impotente, que viendo al pobre en la indigencia, y afligido al miserable, no tiene poder para consolarle y socorrerle: esta ciertamente es la consecuencia más palpable que puede sacarse de vuestras obras. Hay muchos cristianos que se atreven á decir al Señor: hemos invocado vuestro nombre, os hemos llamado nuestro Dios y padre; pero sin embargo les dirá en su día, *yo no os conozco*. Jesucristo dice por el contrario: *mas yo le conozco; y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros. Mas le conozco, y guardo su palabra*. Conocer á Dios, hermanos míos, y guardar su palabra, son dos condiciones inseparables del cristiano. Conocer bien á Dios, es sentir los motivos de nuestra dependencia: guardar su palabra, es probar que estamos convencidos de los derechos que tiene á nuestra sumisión. *Abraham vuestro padre*, añade Jesucristo, *deseó con ansia ver mi día: lo vió y se gozó*. En otra parte dice el Evangelio: *felices los que ven lo que veis, y los que oyen lo que oís*. En efecto, ¿cuántos reyes desearon ver á Jesucristo, y no le vieron? Abraham formó este deseo, y fué oído. Esta diferencia, hermanos míos, proviene de la diferencia de deseos. Nosotros, por ejemplo, deseamos ver los días de Jesucristo. Siempre que deseamos su gracia,

su reino y su recompensa, es Dios quien forma este deseo, porque somos incapaces de tener un buen pensamiento por nosotros mismos. ¿De dónde pues proviene que estos deseos sean tan infructuosos y estériles? ¿por qué causa está el infierno, según la expresión de San Bernardo, lleno de buenos deseos, esto es, de cristianos que suspiraban, al parecer, como Abrahám por ver los días de Jesucristo? Hermanos míos, esto nace de que sus deseos han sido ahogados en su corazón por otros mil deseos injustos. Ellos hubieran querido unir el servicio de Jesucristo con el de sus pasiones; merecer los premios, sin renunciar sus satisfacciones temporales; ser los hijos de la gloria, sin haber sido los discípulos de la cruz. Así, mientras que el deseo de Abraham le justifica y le salva, ellos merecen su condenación por sus malos deseos.

Después de estas respuestas de Jesucristo, ya no les queda á los judíos más que una objeción á su parecer decisiva. *¿Aún no tienes cincuenta años, y has visto á Abraham? Ved, hermanos míos, el momento más interesante para los judíos, si hubieran caminado de buena fe: ahora podían meditar bien la respuesta de Jesucristo, y si tenía ciencia y poder para resolver su dificultad; pero su malicia y sus torcidos fines les cierran enteramente los oídos y la razón. Jesucristo les da una respuesta que hubiera explicado más, si quisieran escucharle. En verdad os digo, que antes que Abraham fuese, yo soy. Entonces tomaron piedras para tirarlas; mas Jesús se escondió, y salió del templo.*

Jesucristo se oculta, hermanos míos; y ¿es acaso el miedo el que le hace evitar el furor de los judíos? Dentro de poco tiempo saldrá al encuentro de sus perseguidores y enemigos preguntándoles: ¿á quién buscáis? Su conducta es tan irreprehensible cuando se oculta, como cuando se manifiesta: sus ejemplos son tan útiles cuando evita la persecución, como cuando se entrega en manos de sus enemigos; y en todo esto nos quiere enseñar, que no es conveniente ni lícito evadir la voluntad y las órdenes del Señor, cuando se digna explicarlas. ¿Pensáis que entre los que tienen la reputación de justos, no habrá muchos, á quienes Dios reprenderá, no precisamente porque han descuidado las buenas obras, sino porque las han hecho fuera de tiempo, porque se han manifestado cuando debían ocultarse; y porque en lugar de hablar, reprender y corregir, hubiera sido más conveniente callar, sufrir y esperar? Vivid, hermanos míos, con precaución, para que no seáis contados en este número: estudiad siempre la voluntad de Dios, y conformad á ella vuestras obras.

Señor, Jesús, dados á conocer esta voluntad: hacednos dóciles para seguirla, y para no oponer nuestros errores á su palabra, ni



nuestra independencia á sus designios. Nosotros llamamos á Dios nuestro padre, os reconocemos por nuestro jefe, y nos gloriamos de este doble motivo de nuestra dependencia. No nos desconozcáis en el día de vuestra justicia, y colmadnos de gloria y alegría para siempre. Así sea.

## LA MUJER ADÚLTERA

*Propter veritatem et mansuetudinem et justitiam et deducet te mirabiliter dextera Ana.*

Por medio de la verdad, y la mansedumbre y la justicia; y te guiará admirablemente tu derecha.

(SALMO, 44, 5.)

Con la misma facilidad, hermanos míos, con que el Señor hacía vanos los esfuerzos de sus enemigos, eludía también las preguntas insidiosas con que procuraban sorprenderlo; descubría su hipocresía, y siempre que lo tenía por conveniente, salía libre y triunfante de sus sofismas, lo mismo que de sus manos.

Una prueba espléndida y luminosa nos la presenta el Evangelio en la conversión y el perdón de la mujer adúltera, cuyo hecho es uno de los más magníficos é importantes pasajes de la vida del Salvador.

El Profeta había dicho que el Mesías terminaría admirablemente la grande obra de la salvación, porque había de reunir en sí tres virtudes sublimes: la justicia, la mansedumbre y la verdad: *Propter veritatem, et mansuetudinem, et justitiam deducet te mirabiliter dextera tua.* (Ps. XLIV.) Y, en efecto, el Salvador de los hombres apareció entre los hombres, como dice San Agustín, adornado de estas tres virtudes; es decir, de la justicia, como conocedor de los corazones; de la verdad, como maestro de las almas, y de la mansedumbre, como Redentor del mundo.

Ahora bien, estas tres virtudes características del Mesías, en ningún otro hecho de su preciosa vida se encuentran tan evidentemente reunidas como en el prodigio de la absolución de la esposa infiel. Consideremos, pues, atentamente este delicioso prodigio del Señor, á fin de que aprendamos á escucharlo como maestro, á temerlo como juez y amarlo como Redentor. *Ave María.*

No sin misterio, hermanos míos, el Santo Evangelista principia esta admirable historia diciendo que el Señor se fué al monte de las Olivas, y que después volvió al templo. El monte de las Olivas, ó del óleo, significa, dice Beda, la sublimidad, la grandeza de la misericordia y de la piedad divinas. El templo de Jerusalén figuraba la Sinagoga, y también la Iglesia, como dice el mismo padre. Por consiguiente, el haber ido Jesucristo al templo al amanecer, después de haber pasado la noche en el monte Olivete, significaba que, después de haber pasado los cuatro mil años de la noche del pecado, oculto en el monte de su misericordia, al amanecer el día de la redención había bajado, trayendo en sus manos esta misericordia, para derramarla en el seno de los verdaderos fieles reunidos en su Iglesia. Por esta razón, dice el Evangelista que el Señor fué segunda vez al templo; *Venit iterum in templum*; porque la primera vez había ido al mismo templo, pero envuelto en la nube de las figuras y del misterio; mas esta segunda vez fué visiblemente y manifiesto á todos. La primera vez había ido como Señor omnipotente y severo (II, *Paral.*, vii), y la segunda fué como Salvador indulgente y piadoso.

¡Cesa, pues, oh aflicta humanidad, de tener la vista fija en los montes eternos, de donde únicamente podía descender el auxilio que necesitabas! Del monte de la misericordia ha descendido la Misericordia en persona, enviada por Dios para nuestra salvación. El verdadero oriente ha venido con toda la ternura de su bondad á visitar á su pueblo. ¡Oh cuán dulce, cuán compasivo y cuán amoroso es! El Evangelista nos lo advierte, al decirnos que Jesucristo se sentó para instruir al pueblo. Porque así como Jesucristo en pie representa la justicia y la gloria de su majestad, así también Jesucristo sentado, dice el venerable Beda, representa su misericordia y su humanidad. Y el pueblo, que por haberlo visto sentado con la mayor familiaridad, se acreó religiosamente en torno suyo, significó desde entonces, la multitud de todas las gentes que habian de venir á esenchar y crear sus palabras, cuando él se hiciese visible en la humildad de nuestra naturaleza. Y vedlo, efectivamente, en la misericordia que usa con la mujer adúltera en el templo, confirmar solemnemente las disposi-



ciones amorosas con que bajó del cielo, y darnos una prenda de la misericordia que había de usar con la gentilidad en la Iglesia.

«Maestro, le dicen los escribas y fariseos al presentarle esta mujer culpable; Maestro, aquí tenéis una criatura infame; nosotros la hemos sorprendido ahora mismo en una diversión escandalosa; ella está convicta de infidelidad á su legítimo esposo. Moisés nos ha mandado en su ley que una mujer culpable de tal delito debe morir apedreada. Y ¿qué decís vos á esto?»

¡Oh veneración hipócrita! exclama en este lugar el venerable Beda. ¡Oh traidor obsequio de ánimos malignos y perversos! Le preguntan como maestro, para poderlo acusar como enemigo, y preparan asechanzas á su inocencia, mientras se muestran tan celosos por la justicia: *Hoc autem dicebant, tentantes eum, ut possent accusare eum.* (Joan., 6.)

Ellos sabían por experiencia que el Señor amaba igualmente la mansedumbre y la justicia; porque la mansedumbre sin la justicia es debilidad, y la justicia sin la mansedumbre es dureza y opresión; sabían que él, tan compasivo como celoso, se apiadaba de todas las miserias de los hombres y era riguroso observador de las leyes de Dios; y por lo mismo, en esta insidiosa pregunta le tienden un lazo, del que, como ellos creían, no hubiera podido escapar Jesús sin desmentir una de estas dos virtudes, manifestándose, ó injusto ó despiadado. En efecto; si Jesucristo, decían ellos entre sí, consiente en que la mujer culpable sea apedreada, contradice él mismo su fama de hombre indulgente y piadoso, por la que ha adquirido tanta popularidad y tanto crédito; si, por el contrario, se opone á este castigo, quebranta la justicia y nos da motivo para acusarlo y condenarlo como prevaricador y enemigo de la ley de Dios. Y porque sabían, dice San Agustín, que él era más inclinado á la piedad que al rigor, y al perdón más que al castigo, no dudaron un momento, que preferiría los intereses de la caridad á los de la ley; por consiguiente, contaban su triunfo como seguro.

Pero ¡oh almas tan necias como perversas! añade San Agustín. Ellos no recuerdan que no hay consejo que valga, no hay ciencia que sirva ni fuerza que prevalezca contra el Señor, y que la astucia humana queda confundida ante la sabiduría divina: *Non est consilium, non est scientia contra Dominum.* (Prov. xvi.) Esta sabiduría que habita en Jesucristo, sabrá encontrar en la respuesta el medio de usar de piedad sin violar la justicia.

Y ¿qué es lo que hizo el Señor? Al oír una pregunta tan maliciosa, calló; é inclinándose, se puso á escribir en el suelo con su

dedo divino: *Jesus autem, inclinans se deorsum, digito scribebat in terra.* (Joan., 6.) ¡Oh cuán sabia, cuán misteriosa y cuán divina es esta escritura de Jesús en la tierra! En primer lugar, como los judíos habían citado á Jesucristo la ley dada por Dios á Moisés, y como de esta ley se dice en el *Éxodo* que había sido escrita por el mismo dedo de Dios en tablas de piedra, por esta razón Jesucristo, dice el venerable Beda, escribiendo con el dedo en las piedras del pavimento del templo, quiso manifestar que él mismo era el Dios que había dado á Moisés la ley, escrita con su dedo sobre las piedras del Sinaí. Pero si es cierto que el Señor escribió sobre las piedras, ¿por qué dice el Evangelista que escribió sobre la tierra? *Scribebat in terra.* Para comprender esto, recordemos, dice San Ambrosio, que los nombres de los pecadores y de los réprobos se escriben en la tierra, y los de los elegidos en el cielo. Que los nombres de los justos están escritos en el cielo lo sabemos por estas palabras de Jesucristo á sus discípulos: «No os gloriéis porque os obedecen hasta los mismos demonios, sino gloriaos porque vuestros nombres están escritos en el cielo». Y que los nombres de los pecadores están escritos en la tierra lo ha dicho claramente Jeremías con estas palabras: «Todos aquellos que os abandonan, Señor, y que os desprecian, serán un día cubiertos de oprobio y sus nombres serán escritos en la tierra». Y ved aquí clara la significación de esta escritura misteriosa del Salvador. Él escribió en la piedra, y con esto se anunció como autor de la ley y juez supremo de ella, y manifestó que, como tal, era el único árbitro del juicio y del castigo. Pero el Evangelista dice que escribió en la tierra para manifestarnos que ejercía entonces su justicia contra los fariseos, que habían ido á provocarlo: ¡justicia pronta, justicia severa, justicia tremenda! Ellos buscaban un motivo para acusar á Jesucristo, y Jesucristo, en el momento mismo en que ellos cometían un pecado tan grande, los juzgaba y los condenaba, y desde entonces escribía su nombre en el libro de los réprobos, y les daba á entender, dice San Agustín, que ellos eran los criminales, de quienes había dicho Jeremías que serían confundidos, y que sus nombres, excluidos del cielo, serían inscritos en el libro de la tierra.

Ahora bien, ¿en cuál de estos dos catálogos estará escrito el nombre de los que nos hallamos aquí reunidos? ¡Oh pensamiento terrible! ¿Nos hallaremos inscritos con letras de oro en la lista preciosa á cuyo frente se halla el nombre de Jesucristo, que es la cabeza de los predestinados; ó lo estaremos con letras de carbón en la lista funesta á cuya cabeza se halla el nombre de Lucifer, la cabeza de los réprobos? ¿Nos hallaremos entre los apóstoles en el libro del cielo, ó entre



los fariseos, enemigos de Jesucristo, en el libro de la tierra? No es difícil conjeturarlo, dice San Pablo, echando una mirada sobre nosotros mismos. Si nuestros deseos, si nuestros cuidados, si nuestros intereses, si la conversación continua de nuestros pensamientos y de nuestros afectos está en el cielo: *Nostra autem conversatio in caelis est*, pertenecemos indudablemente al segundo Adán, Jesucristo, que, siendo del cielo, es celestial: *Secundus homo de caelo, celestis*; y por lo mismo, seremos también celestiales en él y con él, y nuestros nombres estarán escritos indudablemente en el cielo: *Qualis celestis, tales est caelestis*. Mas si, por el contrario, no buscamos otra cosa que los honores de la tierra, las riquezas de la tierra, las delicias de la tierra, y vivimos sumergidos en la tierra y en el fango con todo nuestro entendimiento y todo nuestro corazón, perteneceremos ciertamente al primer Adán, que, habiendo tenido su origen en la tierra, volvió a la tierra por su pecado: *Primus homo, de terra, terrenus*; seremos terrenos en él y con él, y nuestros nombres serán escritos desde ahora en la tierra por la justicia de Dios.

¡Oh amado Jesús! Borrado por piedad nuestro nombre de la tierra, del catálogo funesto de los condenados al infierno, en el que nosotros mismos lo hemos escrito con nuestros pecados; y con una pluma mojada en vuestra preciosísima sangre escrito en el libro de la vida, en la lista de los candidatos del cielo.

Pero mientras que nosotros discurrimos de este modo, los fariseos insisten en su pregunta, y piden con impaciencia que Jesucristo les dé la respuesta. Y ved aquí esta respuesta divina, no como la hipocresía y la malicia del hombre la espera, sino como conviene al que es la sabiduría y la justicia misma de Dios. El Señor había escrito en la tierra, dice San Jerónimo (*Contr. Pelagian.*), no sólo los nombres de aquellos criminales, sino también todos sus pecados. Y después levantándose, es decir, tomando la actitud de juez, de Señor y de Dios, y mostrándonos lo que había escrito de cada uno de ellos, con voz grave y severa les dijo: «Aquel de vosotros que se reconozca sin pecado, levante su brazo y tire la primera piedra á esta mujer». No dijo el Señor, como observa San Agustín: «No quiero que sea apedreada esta mujer», para no oponerse á las palabras de la ley, y mucho menos dijo: «Sea apedreada»; porque no había venido á perder, sino á salvar los pecadores arrepentidos. Solo dijo: «El que sea inocente de entre vosotros, castigue á la culpable». ¡Oh sentencial! ¡Oh palabras! prosigue San Agustín. ¡La sabiduría misma de Dios es la que puede hablar así! La justicia misma de Dios es la que puede decidir de ese modo! *Hæc vox justitiae est!* Con estas palabras quiso decir

el Señor: «Que sea castigada la pecadora; pero no por vosotros, que sois más pecadores que ella. Cúmplase la ley; pero no por ministerio vuestro, que sois los más grandes prevaricadores de la ley». Porque, ¿cómo puede ser juez de los pecados ajenos, dice San Gregorio, aquel que no conoce ni enmienda los suyos propios? ¿Cómo puede condenar las pasiones de otros aquel que está hecho el juguete miserable de sus propias pasiones?

Ved aquí, pues, cumplido á la letra, el citado oráculo de Jeremías; porque en efecto los fariseos y los escribas, no sólo fueron escritos en la tierra, sino que quedaron avergonzados y confundidos: *Scripturæ in terra, et confundentur*. A esta terrible propuesta del hijo de Dios, echando ellos una mirada de vergüenza sobre sí mismos, se reconocieron culpables del mismo delito que querían castigar en la mujer; porque, eran ellos mucho más adúlteros de alma, supuesto que adulteraban las palabras y la ley de Dios. Y viendo, por otra parte, que Jesucristo los había conocido mucho mejor que ellos mismos se conocían, supuesto que escribió en la tierra la torpe historia de sus corazones, no se atrevieron, dice San Agustín, á insistir en la condenación de la mujer culpable, y quedaron atónitos y estupefactos. Y así fué que, heridos y aterrados por un dardo de la justicia misma, y confundidos al verse ofrecidos en espectáculo de oprobio, con la consternación en el alma, la vergüenza en el rostro y el silencio en los labios, humillados, aterrados y confundidos, se retiraron uno después de otro, sin hablar una palabra, comenzando por los más viejos, que, como estaban más cargados de años, se hallaban también más llenos de vicios. De la misma manera, en el gran día del juicio universal (del que este juicio particular de Jesucristo con los judíos fué como una muestra y una figura); día en que el Señor manifestará los misterios profundos de iniquidad que en este mundo han permanecido ocultos en el fondo de los corazones bajo el velo de una probidad afectada y de una profunda hipocresía; día en que las disposiciones de la divina Misericordia, de la Providencia y de la Bondad divina, combatidas en este mundo por almas perversas, triunfarán y serán vindicadas; de la misma manera, repito, en aquel día terrible de ira, de consternación y de espanto, la multitud de los pecadores, confundidos al leer en el gran libro que todo lo contiene, la historia de sus pecados, y al verse desmascarados en presencia de todo el mundo, sin dar ninguna excusa ni articular palabra, se retirarán silenciosamente á sufrir su castigo.

¡Oh bello y magnífico triunfo del poder del Señor! Los fariseos fueron como acusadores, y se retiraron castigados como culpables;



fueron para insultar á Jesucristo, y quedaron cubiertos de vergüenza en presencia del pueblo; fueron para castigarlo como reo, y se retiraron después de haberlo experimentado como su juez, su Señor y su Dios; y según la profecía de David, quedaron cogidos en el mismo lazo que habían tendido á la inocencia y á la verdad: *Comprehendantur in consiliis, quibus cogitant*. Pero después de haber escuchado la voz de la justicia de Jesucristo, oigamos ahora, dice San Agustín, el lenguaje de su mansedumbre y de su bondad.

Observa el Evangelista que, al retirarse los acusadores, quedó solo Jesús, y en su presencia la acusada, llena de confusión y de terror: *Remansit solus Jesus, et mulier in medio* (Joan., 9); es decir, quedaron frente á frente, como explica San Agustín, la pecadora y el Salvador, la enferma y el Médico celestial, la miseria del hombre y la misericordia de Dios. Pero, ¿es posible que el pecador se confunda por su pecado en presencia de Jesucristo, y no reciba el perdón? ¿Es posible que el alma enferma manifieste su enfermedad al Médico celestial, y no sea curada? ¿Es posible que la miseria del hombre reclame la misericordia de Dios, y no la obtenga? No es posible, hermanos míos. Y esto es lo que ha querido decirnos el Evangelista al añadir la circunstancia, insignificante á primera vista, pero misteriosa en sí, de que la mujer permaneció en el atrio en pie en presencia de Jesucristo: *Et mulier in medio stans*. (Ibid.) Con estas palabras no ha querido expresar San Juan la posición corporal de la acusada, sino el estado de su alma. Ha querido hablar de aquel precioso estar en pie, de que nos ha hablado San Pablo, cuando ha dicho: «*El que está en pie tenga cuidado de no caer*»: *Qui stat videat ne cadat*; es decir, del estado de gracia y de amistad de Dios. Y quiso decirnos con las citadas palabras: «Esta mujer que antes yacía en tierra como espiritualmente enferma y muerta en su pecado, ahora se ha puesto en pie repentinamente, y ha resucitado por su confesión y por su dolor»: *Et mulier in medio stans*. Mas no nos sorprende esto; Jesucristo ha querido manifestar que él es el Dios de quien está escrito que mientras abate y confunde con una mano el orgullo, con la otra eleva y ensalza la humildad: *Hunc humiliat et hunc exaltat*! Por esta razón, después de haber postrado á los soberbios acusadores con la autoridad de su justicia, ha querido levantar de su postración á la humilde acusada, por un rasgo singular de su piedad amorosa. Y San Agustín dice: «Aquel que había puesto en fuga á los acusadores con el dardo de su lengua, echó una mirada de misericordia sobre la acusada». Pero observemos, que esta pecadora no se puso en pie espiritualmente, sino después que Jesucristo se inclinó hacia ella. La

miserable no se vió libre sino después que la misericordia divina se inclinó hacia la tierra. ¡Oh inclinación preciosa de Jesús! Apenas se inclinó él á la piedad y al perdón, cuando se levantó la pecadora á la gracia y á la virtud. Así es que el hombre no se levanta si Jesús no se inclina, el hombre no sube si Jesús no descende, el hombre no vive si Jesús no muere. Su enfermedad constituye nuestra fuerza, su humillación es nuestra gloria. Nuestra vida está en su muerte; y después que él se dignó descender á la tierra, fué cuando nosotros recibimos el socorro, el aliento y las alas para remontarnos alegres hacia el cielo.

Hasta ahora hemos visto á Jesucristo presentarnos una magnífica muestra de su justicia y de su mansedumbre; mas ahora lo veremos hacer resplandecer su verdad en el mismo pasaje; porque con estas tres virtudes unidas cumplió él la obra admirable de nuestra salvación: *Propter veritatem et mansuetudinem et justitiam, deducet te mirabiliter delectera tua*.

Estaba la mujer pecadora de quien hemos hablado, humillada y temblando en presencia de Jesús, esperando, dice San Agustín, verse condenada por él, que era el único puro, el único justo, el único sin pecado, y por lo mismo, el que únicamente podía condenarla. Pero sucedió todo lo contrario. Convirtiendo el Señor la actitud severa con que había condenado á los judíos en semblante de piedad y de dulzura para con ella, le dice: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿No te ha condenado ninguno de ellos?» Y la triste respondió: «Señor, ninguno.» «Pues bien, prosiguió entonces Jesús, ni yo tampoco te condeno»: *Nec ego te condemnabo*. Pero, ¿cómo es esto? Pues qué, ¿no es adulterio el mayor de los atentados que pueden cometerse contra el honor de un esposo y contra la paz de las familias? ¿No es éste el delito que ataca la propiedad más preciosa, que viola fe más sagrada, que rompe un vínculo que el mismo Dios ha consagrado é introduce en el santuario de la familia el homicidio, la discordia, la infamia y la infelicidad? ¿No es éste el delito que los griegos y romanos, los partos y los árabes, los persas y los egipcios, las naciones bárbaras é incultas, han castigado siempre con el último suplicio? ¿No es éste, en fin, el pecado que la ley de Moisés quería que entre los hebreos se sepultase bajo una nube de piedras, con la cual condenaba á perecer el hombre ó la mujer que se hacía culpable de él? Y qué, el pecado mismo que el Dios de la ley quería castigar tan severamente, ¿es absuelto y dejado impune por el Dios del Evangelio? ¿Qué hacéis, pues, qué habláis, Señor? dice San Agustín. ¿No es esto favorecer uno de los mayores pecados? De ninguna manera.



El Autor de la justicia, la Fuente de la misericordia tributa homenaje á la ley de la verdad. En primer lugar, al decir el Señor á la acusada: «¿Dónde están los que te acusaban?» le inspiró, dice A. Lapide, un verdadero dolor de sus pecados, y al mismo tiempo la oración para implorar el perdón de ellos y la esperanza de obtenerlo: *Inspiravit dolorem de peccatis*. Entonces, dice San Agustín, se cumplió la profecía de que «un abismo llamaría otro abismo»; porque el abismo de la profunda miseria de esta pecadora recurrió al abismo de la misericordia divina, que perdona los pecados. En efecto, al responder ella á Jesucristo: «Ninguno, Señor, me ha condenado»: *Nemo, Domine*, fué lo mismo que decirle: «Por lo mismo suplico, espero y confío que vos tampoco me condenaréis. El Hijo de Dios no será menos piadoso que los hijos de los hombres. Si ellos han dejado de acusarme, vos también, Señor, por lo mismo que sois el Señor, os abstendréis de condenarme. Esta gracia os pido, y estoy cierta de que la obtendré de vuestra piedad, de tal manera, que todos me perdonen hoy, el cielo y la tierra, los hombres y Dios; y pueda yo repetir con toda verdad que ninguno me ha condenado»: *Nemo te condemnavit? Nemo, Domine*.

El Señor ve la humildad con que esta pecadora reconoce y confiesa su pecado y la justicia con que sería condenada; ve el dolor con que detesta su culpa, la paciencia con que sufre el tormento de haber sido expuesta al ludibrio de todo un pueblo, el fervor con que ora, la confianza con que espera y el santo rubor de la penitencia con que se confunde, y en vista de un arrepentimiento tan sincero, de una esperanza tan firme y de una confesión tan contrita, le concede benignamente el perdón; la absuelve, no sólo de la pena, sino también de la culpa: de la pena, compadeciéndose de ella como hombre; y de la culpa, borrando su pecado como Dios. De esta manera, al mismo tiempo que le hace experimentar las dulzuras de su piedad, hace triunfar la verdad de sus promesas, repetidas tantas veces en la Escritura, de que el arrepentimiento humilde, el arrepentimiento eficaz y sincero, está seguro siempre de conseguir el perdón delante de Dios, y en esta verdadera penitente la divina misericordia se encuentra unida con la verdad divina: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi*. (*Psal.*)

Pero escuchad también, dice San Agustín, lo que sigue en el mismo pasaje del Evangelio, y notad cómo en esta circunstancia confirma el Señor la verdad, no sólo de sus promesas, sino también de sus amenazas. En efecto, al despedir á la culpable libre y absuelta, le dice: «Vete, pues, pero ten cuidado de no volver á pecar»; *Vade,*

*et jam amplius noli peccare*. (*Juan, 11.*) De este modo el Señor absolvió á la pecadora arrepentida, pero condenó el pecado. No excusó el hecho, no dijo á quien lo había cometido: «Vete y vive como te parezca, segura siempre de mi indulgencia y de mi perdón». Al perdonarle su anterior pecado, no le aseguró la impunidad del infierno por los pecados futuros. Todo lo contrario; diciéndole: «Ten cuidado de no volver al pecado», fué lo mismo que decirle: «Segura de lo pasado, teme por lo futuro».

Al hablar así Jesucristo á esta mujer, descubre á todos el peligro que hay en volver al pecado, en habituarse y familiarizarse con el pecado, en sumergirse y anegarse en el pecado; y mientras da un ejemplo de misericordia, á fin de que ninguno desespere, añade una advertencia severa, para que ninguno presuma; es decir, recuerda, como lo había hecho otra vez, que nada hay tan justo ni sucede con tanta frecuencia, como el que, confiado en la divina misericordia, se abandona al pecado, no encuentre después esta misma misericordia cuando la busque, y muera en su pecado: *Queretis me, et non invenietis; et in peccato vestro moriemini*.

Eseñemos, hermanos míos, esta gran lección, os diré con San Agustín, á fin de que, con un verdadero arrepentimiento, evitemos los rigores de la justicia de Dios, y así, protegidos por la misericordia divina en esta vida, seamos dignos después de entrar en las mansiones eternas de la gloria. *Amén*.